

La Estancia y la avenida

Desde el mismo instante de su inauguración el Centro de Arte La Estancia, de PDVSA, hizo gala de ensimismamiento egoísta: localizado sobre un tramo particularmente hostil de la avenida Francisco de Miranda sobre la cual desarrolla un frente de unos doscientos metros, sus directivos siempre han rechazado abrirlo sobre aquella. Un elevado muro sin ninguna gracia oculta un estupendo jardín a la mirada del agobiado transeúnte que difícilmente puede adivinar lo que hay del otro lado porque incluso la reja de entrada, que se abre sólo en horario de exposiciones, ha sido cegada con lámina metálica como queriendo impedir cualquier mirada furtiva. El resto de la avenida se recorre a lo largo de edificios de arquitectura variable, afortunada y acogedora en unos casos, mediocre y a veces hostil en otros, pero ofreciendo en todo caso el clima de variedad y dinamismo típico de los paisajes urbanos; los doscientos metros de ese impenetrable y monótono muro gris niegan la vida de la ciudad, por lo que de día provoca dejarlo atrás rápidamente mientras que de noche invita, casi obliga a cambiar de acera.

En una ciudad hambrienta de espacios públicos y de verde tal actitud es, simultáneamente, equivocada y estúpida. Equivocada porque sustituir ese cerramiento ciego por otro transparente, como pudiera ser una reja de nobles materiales y buen diseño, no reduce la seguridad del recinto interno sino que la incrementa, permitiendo que desde el exterior pueda detectarse cualquier anomalía que ocurra en él. Estúpida porque el mensaje que transmite al ciudadano común es de egoísmo, de no querer compartir, pero en este caso con un agravante: que tal egoísmo se ejerce sobre bienes públicos, propiedad de todos los ciudadanos y en ningún caso de los directivos de la institución.

Gracias a la acción de la Alcaldía de Chacao, desde el domingo antepasado ese trayecto ha ganado algo sustancial: una acera amplia, bien diseñada y bien iluminada que, en una ciudad tradicionalmente negada al peatón, invita a caminar y a disfrutar del paisaje urbano. Jane Jacobs decía, con razón, que las aceras revelaban la personalidad de las ciudades: aquella acera triste, que si no lo estaba parecía siempre sucia, era compatible con la oscura mediocridad del muro, negando juntos el esplendor del jardín. Ahora los directivos de La Estancia están obligados a abatir lo que con propiedad podemos denominar muro de la vergüenza: esa acera impecablemente bien diseñada, generosa y atractiva para el caminante, grita a pleno pulmón contra la negación de la ciudad y su riqueza física y espiritual que es la lamentable pared: no sólo las aceras, también la forma en que los demás espacios se relacionan con estas ponen en evidencia la personalidad de las ciudades. Y de quienes en ellas ejercen el poder.